fundación wwb Colombia

Ser mujer, madre y sostén del hogar en Colombia: una ecuación desigual

Lectura con lente de género a la Encuesta Nacional de Calidad de Vida, ECV, DANE.
Unidad de Analítica de la Fundación WWB Colombia.

fundacionwwbcolombia.org

Ser mujer, madre y sostén del hogar en Colombia:
una ecuación desigual

En Colombia, los resultados de la Encuesta Nacional de Calidad de Vida - en adelante ECV- 2024 del DANE muestran que los hogares liderados por mujeres siguen en aumento: pasaron del 45,4% en 2023 al 46,5% en 2024, es decir, de 8,2 a 8,5 millones, de un total de 18,4 millones de hogares colombianos. A su vez, estos resultados plantean nuevas preguntas: ¿cómo viven estas mujeres y sus familias?, ¿qué facilita o limita el bienestar de sus hogares? y, entre otros, ¿qué barreras enfrentan las mujeres cabeza de hogar para decidir tener hijos?

Mientras en distintos países, incluido Colombia, se debate sobre los efectos sociales y económicos de la disminución en las tasas de natalidad, poco se discute acerca de la correlación de este fenómeno y las realidades que enfrentan las mujeres jefas de hogar; ellas deben tomar decisiones complejas entre cuidar o sostener, lo que sin duda influye en la decisión de tener hijos, entre otros. Para comprender mejor estas inquietudes, recurrimos a la mencionada ECV[1] para a partir de sus resultados, explorar a mayor profundidad cómo viven las mujeres jefas de hogar en Colombia, qué desafíos enfrentan en su día a día y planteamos algunas relaciones que ayuden a comprender si el aumento de hogares con jefatura femenina es un indicador de empoderamiento femenino o el reflejo de situaciones que merecen reflexiones más profundas como sociedad.

Hogares con jefaturas femeninas[2]

Colombia se mueve hacia una configuración social en la que un número creciente de mujeres asume el rol de jefas de hogar, reflejando profundas transformaciones demográficas y socioculturales. Según la ECV 2024 del DANE, el 46% de los hogares del país —unos 8.5 millones— son liderados por mujeres. En ellos viven aproximadamente 24.6 millones de personas, es decir, casi la mitad de todos los colombianos.

Aunque los hogares con jefatura masculina aún representan la mayoría (54%), la proporción de hogares encabezados por mujeres ha crecido de forma acelerada, con un aumento de 8 puntos porcentuales desde el inicio de la pandemia (2020). Este cambio en la estructura familiar del país podría revelar desigualdades de género que afectan no solo la vida de estas mujeres, sino también a una parte significativa de la población colombiana.

[1] Esta encuesta cuantifica y caracteriza las condiciones de vida de los hogares que habitan en el país, incluyendo variables relacionadas con la vivienda (material de paredes, pisos y acceso a servicios públicos, privados y comunales), con las personas (educación, salud, cuidado de los niños, uso de tecnologías de la información y la comunicación) y con los hogares (tenencia de bienes y percepción sobre las condiciones de vida en el hogar, entre otras). (DANE)

[2] Al final del documento se extiende el glosario de términos

Este aumento, además, está marcado por el hecho de que las mujeres enfrentan con mayor frecuencia la jefatura sin pareja y en contextos monoparentales, lo que implica asumir en solitario la mayoría de las responsabilidades económicas y de cuidado. El 65,2% de las mujeres jefas de hogar se identifican como solteras, frente al 29,3% de los hombres, lo que refuerza su rol como principales proveedoras. En cambio, los hombres lideran en su mayoría hogares biparentales (68,3% frente al 31,2% en mujeres), lo que facilita una mayor distribución de responsabilidades dentro del hogar.

Como parte de esta carga diferencial, en los hogares liderados por mujeres existe una mayor prevalencia de personas con especiales necesidades de cuidado y recursos. En el 51,9% de estos hogares —unos 4,4 millones— vive al menos una persona en primera infancia (menor de cinco años) y/o un adulto mayor de 60 años[3].

Este panorama adquiere una dimensión significativa al considerar que de las 8.5 millones de jefas de hogar, 7.4 millones son además madres (86.7%). Aún más revelador es que, 4.7 millones de las jefas de hogar son madres solteras cabeza de familia, aportando económicamente en solitario para el bienestar de alrededor de 12.7 millones de personas colombianas, lo que implica retos adicionales para estas mujeres en cuanto al acceso a educación, empleo y protección social.

Satisfacción con aspectos de la vida

La creciente jefatura femenina en los hogares colombianos se entrelaza con una realidad estructural de desigualdad económica. Las mujeres jefas de hogar asumen en solitario múltiples responsabilidades, y enfrentan mayores niveles de pobreza, tanto objetiva como subjetiva.

Según los datos más recientes del DANE en su medición de pobreza monetaria, el 37,7% de las mujeres jefas de hogar se encuentran en situación de pobreza monetaria, en comparación con el 29,5% de sus pares hombres. Además, presentan un Índice de Pobreza Multidimensional más alto, lo que refleja carencias acumuladas en aspectos como educación, salud, empleo y condiciones de vivienda.

En línea con lo anterior, al 39% de las mujeres jefas no les alcanza el dinero para cubrir lo básico. Mientras el ingreso promedio mensual de un hogar es de $1.3 millones COP, para los hogares con jefatura masculina el promedio es de $1.4 millones COP, y para los liderados por mujeres se ubican por debajo, con $1.2 millones COP.

En términos relativos, por cada peso que recibe una mujer, un hombre recibe $1,23. Esta brecha se amplió frente al año anterior, cuando la relación era de $1,19.

[3] Es importante aclarar que, en muchos hogares colombianos, las personas adultas mayores, a pesar de requerir cuidados prioritarios, son quienes en mayor medida asumen responsabilidades como el cuidado de niños, el apoyo en tareas escolares y otras labores del hogar

Este panorama económico se agrava cuando se considera cómo las mujeres perciben su propia situación: **El 42,3% de ellas se considera en pobreza.**

Esta percepción da cuenta de una carencia económica objetivamente comprobada y refleja un bienestar general deteriorado. **El 44,3% de las mujeres jefas de hogar afirma estar peor con respecto a años pasados y se sienten menos satisfechas con su vida.**

Es así como, además, perciben menor bienestar. En una escala del 1 al 10, sienten menos satisfacción respecto a los ingresos en comparación con los hombres (6,6 frente a 7,1), menor bienestar en el trabajo (7,2 frente a 7,6) y una menor sensación de seguridad en su entorno (7,4 frente a 7,6). En dimensiones como salud y tiempo libre, las brechas son más estrechas, pero continúan favoreciendo a los hombres.

Seguridad alimentaria

Las brechas evidenciadas en términos de ingresos se configuran como una posible causa de las desigualdades sobre la seguridad alimentaria entre jefaturas masculinas y femeninas, lo cual compromete en mayor medida aspectos vitales pues, en el 2024, en 2.4 millones de estos hogares se comió menos de lo que se debía y 1.1 millones de hogares se quedaron en algún momento sin alimentos.

A su vez, el 44,1% de los hogares con jefatura femenina — 3.7 millones de hogares en Colombia— expresó preocupación por la escasez de alimentos (+7 p.p. más que en hombres). Asimismo, el 37,9% reportó consumir una variedad limitada de alimentos (+5 p.p.), el 35,7% no pudo acceder a alimentos saludables y nutritivos (+5 p.p.), el 21% se vio obligado a omitir una comida diaria (+5 p.p.), el 27,7% mencionó ingerir menos alimentos de lo necesario (+5 p.p.) y el 12,9% experimentó la falta total de alimentos (+3 p.p.).

Estos datos evidencian una precariedad económica persistente, e invitan a preguntarse por las causas estructurales que restringen las posibilidades de generación de ingresos en los hogares con jefatura femenina. Una de las más determinantes tiene que ver con la manera en que estas mujeres distribuyen la mayor cantidad de su tiempo y el tipo de actividades a las que pueden dedicarse.

¿A qué se dedican las jefas de hogar?

Algunos estudios[4] han expuesto que las mujeres dedican una cantidad desigual de horas a los oficios del hogar, lo cual limita significativamente su participación en actividades que generan ingresos y también en actividades de descanso o relacionadas con la salud. La Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2020-2021 -en adelante ENUT - revela que, en Colombia, en promedio, las mujeres destinan 4 horas y 38 minutos más que los hombres al trabajo de cuidado no remunerado, y 1 hora y 20 minutos menos al trabajo que ofrece un salario.

Esta desigualdad se refleja también en los resultados de la ECV. En ella, se observa que cerca de 7,8 millones de hombres jefes de hogar (79,2%) enfocan su tiempo mayoritariamente en trabajo remunerado, mientras que **solo el 9,7% dedica la mayor parte de su tiempo a los oficios del hogar.** En contraste, entre las mujeres jefas de hogar, apenas el 47,3% puede destinar su tiempo al trabajo con ingresos y **un 45,2% restante sigue concentrando sus esfuerzos en el trabajo doméstico no remunerado.**

Vulnerabilidad en la maternidad

Tal como se ha evidenciado a lo largo del texto, las altas cargas de cuidado, las dificultades para participar en el mercado laboral, la baja satisfacción con la vida y la presencia de pobreza tanto objetiva como subjetiva, condicionan el ejercicio de la jefatura femenina del hogar.

En esa misma vía, los resultados de la ECV revelan una fuerte relación entre la edad de la primera maternidad y las condiciones de vulnerabilidad en los hogares encabezados por mujeres. En Colombia, las mujeres jefas de hogar tienen su primer hijo, en promedio, a los 21 años. De hecho, el 89,5% de ellas fue

[4] Goldin, C; Pekkala, S & Olivetti, C. (2022). Cuando los niños crecen: empleo e ingresos de las mujeres a lo largo del ciclo familiar. National Bureau of economic research. Disponible en: https://www.nber.org/papers/w30323

madre entre los 14 y los 28 años, es decir en la edad joven. Solo el 10,1% tuvo su primer hijo entre los 29 y 49 años, y un preocupante 0,5% —unas 34.746 mujeres— fue madre antes de cumplir los 14 años.

Asumir la crianza en etapas de la vida en las que muchas aún dependen económicamente de otras personas, perpetúa un ciclo de vulnerabilidad difícil de romper.

Las cifras encontradas y diferentes estudios[5] muestran que cuanto más joven es la mujer al momento de ser madre, mayores son sus carencias. El 59,6% de quienes tuvieron hijos entre los 10 y 13 años —unas 20 mil mujeres— afirma que sus ingresos no les alcanzan para cubrir los gastos básicos. Esta situación también afecta al 42,8% de las jefas de hogar que fueron madres entre los 14 y los 28 años, lo que equivale a cerca de 2,8 millones de mujeres. En contraste, entre quienes tuvieron su primer hijo entre los 29 y 49 años, el porcentaje que reporta insuficiencia de ingresos se reduce al 28,8% —alrededor de 215 mil mujeres—.

Asimismo, los ingresos limitados generan un impacto en la dimensión subjetiva de la pobreza. **La percepción de carencia cambia de acuerdo con la edad de la primera maternidad.** El 60% de las mujeres jefas de hogar que tuvieron hijos entre los 10 y 13 años se considera pobre, frente al 46,9% de quienes lo hicieron entre los 14 y 28 años, y solo el 28,4% entre quienes se convirtieron en madres entre los 29 y 49 años.

Pero no se trata solo de ingresos insuficientes o de percepción de pobreza. La maternidad temprana también limita la autonomía financiera, la inserción laboral y el acceso a derechos fundamentales. El 59,1% de las mujeres que fueron madres antes de los 28 años están afiliadas al régimen subsidiado de salud, señal de mayor informalidad y precariedad. En cambio, el 62,8% de quienes tuvieron hijos después de los 29 años accede al régimen contributivo, asociado a mayor estabilidad laboral.

Esta brecha también se manifiesta en el acceso a la seguridad social para la vejez. Mientras que el 75,5% de las mujeres que fueron madres jóvenes (entre los 14 y 28 años) no cotiza a pensión, esta proporción disminuye al 51,5% entre quienes tuvieron hijos después de los 29 años. Estas diferencias evidencian cómo el momento en que ocurre la maternidad no sólo marca la trayectoria económica de las mujeres, sino que también condiciona su capacidad para alcanzar una vejez digna y protegida.

La ENDS confirmó, además, un cambio demográfico contundente: tres de cada cuatro mujeres no desean tener hijos, y solo una de cada seis expresó querer ser madre. ¿Por qué tantas mujeres en Colombia ya no quieren ser madres?[6] Tal como lo reveló esta nota, la respuesta está menos en una transformación cultural individual, y más en las duras condiciones de vida que enfrentan.

[5] Goldin, C. (2024). Carrera y familia: El largo viaje de las mujeres hacia la igualdad. Taurus Rivera, M. S. (2016). Construcción social de la maternidad: el papel de las mujeres en la sociedad. Opción, 32(13), 921-953. Covarrubias Terán, M. A. (2012). Maternidad, trabajo y familia: reflexiones de madres-padres de familias contemporáneas. La ventana. Revista de estudios de género, 4(35), 183-217.

[6] https://laud.udistrital.edu.co/nacionalentrevista/cae-la-natalidad-en-colombia-por-que-las-mujeres-no-desean-tener-hijos

Interseccionalidad

En definitiva, el rol de jefatura femenina no solo implica un cambio en la estructura de los hogares, sino una transformación profunda que revela las múltiples desigualdades que enfrentan millones de mujeres en Colombia. Este rol se cruza con factores que demandan una mayor inversión de tiempo, ingresos y esfuerzo en la provisión de cuidados, lo que intensifica su situación de vulnerabilidad económica y dependencia.

Estas condiciones se agravan al considerar las capas de la interseccionalidad: la edad, la discapacidad, la pertenencia étnica o el territorio, son factores que, al superponerse, profundizan las barreras para construir un proyecto de vida autónomo, digno y sostenible, más allá del ámbito doméstico.

Aunque en términos generales las mujeres jefas de hogar enfrentan mayores dificultades que los hombres en la misma posición, esta realidad no es homogénea para todas. Al interior de este grupo, aspectos como la etnicidad, la discapacidad, el lugar de residencia o el ciclo vital en que se encuentran hacen que algunas enfrenten desafíos aún más complejos. Estas diferencias no son marginales: evidencian cómo las desigualdades se entrecruzan y se acumulan, afectando de forma particular a muchas mujeres y limitando gravemente su acceso al bienestar.

Uno de los aspectos más críticos es la insuficiencia de ingresos. El 65% de las jefas de hogar indígenas y el 59% de las afrodescendientes declaran que sus recursos no alcanzan para cubrir las necesidades básicas. Esta precariedad restringe su autonomía y refuerza la percepción de pobreza: el 74% de las mujeres indígenas y el 68% de las afrodescendientes jefas de hogar se consideran en situación de pobreza.

En la misma línea, una mayoría percibe un deterioro en su calidad de vida en comparación con años anteriores. Esta percepción negativa es especialmente alta entre mujeres jefas con discapacidad (55%) e indígenas (54%), quienes además reportan bajos niveles de bienestar en dimensiones esenciales como la salud, los ingresos y el trabajo.

La inseguridad alimentaria también es un síntoma alarmante. En los hogares indígenas encabezados por mujeres, el 69% expresó preocupación por no tener suficiente comida, una situación que también afecta al 61% de los hogares afrodescendientes y al 53% de aquellos donde hay personas con discapacidad.

Por último, la carga del trabajo no remunerado recae con mayor intensidad sobre quienes ya enfrentan múltiples barreras. Cerca del 50% de las mujeres jefas de hogar afrodescendientes, indígenas o con discapacidad se dedican principalmente a los oficios del hogar, mientras que el 43% de las afrodescendientes, el 46% de las indígenas y el 23% de las jefas de hogar con discapacidad acceden a un empleo remunerado como principal actividad. Esta distribución desigual del tiempo y las responsabilidades reduce sus oportunidades de desarrollo y refuerza los círculos de exclusión.

Reflexiones

La estructura de los hogares en Colombia ha cambiado de forma acelerada en los últimos años. Cada vez son más los liderados por mujeres, una tendencia que se ha intensificado desde la pandemia. En 2010, la diferencia entre hombres y mujeres jefes de hogar era de 34,6 puntos porcentuales; justo antes del COVID-19, se redujo a 23,2. Hoy, en 2024, la brecha llegó a su mínimo histórico: apenas 9 puntos. Este cambio, impulsado en parte por las dinámicas sociales y económicas post pandemia, redefine el panorama familiar del país y plantea nuevos desafíos para las políticas públicas, el sistema de cuidados y el desarrollo social.

No obstante, lejos de representar un signo de autonomía plena, este giro revela una dimensión crítica de desigualdad estructural. Las mujeres que lideran hogares enfrentan condiciones significativamente más exigentes que sus pares masculinos, marcadas por la monoparentalidad, la escasa corresponsabilidad y la presencia de personas dependientes.

Más preocupante aún, los datos muestran que estas mujeres, especialmente aquellas con discapacidad o pertenecientes a grupos étnicos, enfrentan desventajas económicas persistentes. La brecha en ingresos, el acceso limitado al empleo de calidad, la mayor percepción de inseguridad y pobreza, son señales claras de una feminización de la pobreza.

Esta situación impacta no solo a las mujeres, sino también a sus familias. La falta de condiciones adecuadas para el desarrollo económico femenino limita la movilidad social intergeneracional. Si más mujeres están al frente de los hogares y, al mismo tiempo, expuestas a contextos estructuralmente adversos, las generaciones siguientes también crecerán en contextos de vulnerabilidad, perpetuando así los ciclos de pobreza y exclusión (PNUD, 2024).

Parte de esta realidad se explica por factores estructurales como la carga desproporcionada del trabajo doméstico y de cuidado, que continúa recayendo sobre las mujeres y restringe su autonomía económica y

su desarrollo profesional (Federici, 2004). Asimismo, estas barreras se intensifican en contextos de fecundidad temprana, en los que muchas mujeres enfrentan la maternidad sin apoyo institucional y en condiciones precarias.

En este contexto, resulta revelador observar cómo algunos medios han interpretado los recientes resultados de la Encuesta de Demografía y Salud (ENDS 2025). Buena parte del enfoque mediático ha centrado su atención en las decisiones individuales de las mujeres, en torno a su desarrollo profesional o la postergación de la maternidad. Sin embargo, esta lectura ignora que tales decisiones están profundamente condicionadas por un entorno de desigualdades y carencias estructurales.

Otro aspecto a analizar se relaciona con **la maternidad temprana, que revela una dura realidad: muchas mujeres no cuentan con las condiciones mínimas para criar a un hijo en un entorno digno.** Frente a este panorama, aplazar —e incluso renunciar— a la maternidad no puede seguir siendo visto como un capricho, sino como una decisión profundamente consciente, informada y responsable. Una decisión que responde al deseo de ofrecer a sus hijos mejores oportunidades, con acceso real a derechos, bienestar y autonomía, más que de la necesidad de construir un proyecto de vida propio. Es, en última instancia, una forma de resistir y desafiar las desigualdades estructurales que, aún hoy, siguen condicionando el destino de millones de mujeres en Colombia.

Reducir el debate a elecciones personales invisibiliza el peso que tienen las brechas de género, la falta de garantías para el desarrollo económico y la sobrecarga del trabajo de cuidado. En contextos donde el acceso al empleo digno, la salud, la educación y la protección social es limitado, no es un capricho que muchas mujeres prioricen su autonomía económica. Es una respuesta racional y legítima ante un entorno que restringe sus opciones.

Si bien muchas de las decisiones en torno a la maternidad, la autonomía económica o el desarrollo profesional son asumidas por las mujeres —especialmente aquellas que logran ejercer cierto grado de agencia—, es fundamental reconocer que no todas pueden hacerlo en igualdad de condiciones. Sin embargo, más allá de centrarnos exclusivamente en las decisiones femeninas, es urgente ampliar el enfoque y cuestionar el papel que los hombres deben asumir frente al cuidado, la crianza y la corresponsabilidad. La natalidad y la organización del sistema de cuidados no son asuntos exclusivamente femeninos: son, ante todo, cuestiones sociales que exigen una transformación profunda de las masculinidades. Promover la copaternidad activa, el involucramiento de los hombres en el trabajo doméstico y de cuidado, y el desmontaje de los estereotipos de género que perpetúan la desigualdad, es clave para avanzar hacia un modelo más justo y equitativo. Solo cuando el cuidado sea entendido como una responsabilidad colectiva —y no como una carga que recae casi exclusivamente sobre las mujeres— será posible construir una sociedad más equitativa, donde todas las personas, puedan tomar decisiones libres y sostenibles sobre sus proyectos de vida.

Comprender esta realidad exige un cambio en la narrativa general y una acción decidida desde las políticas públicas. Más que cuestionar sus decisiones, es urgente construir un entorno en el que las mujeres puedan ejercer su libertad con garantías, corresponsabilidad y oportunidades reales de bienestar.

Referencias

Federici, Silvia. (2018). El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo. Madrid: Traficantes de Sueños. ISBN: 978-84-948068-3-4.

PNUD (2024). Informe Nacional de Desarrollo Humano. Colombia: territorios entre fracturas y oportunidades.

Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.

ENUT (2022). Boletín Técnico de la Encuesta Nacional de Uso del tiempo (ENUT) 2020 - 2021.

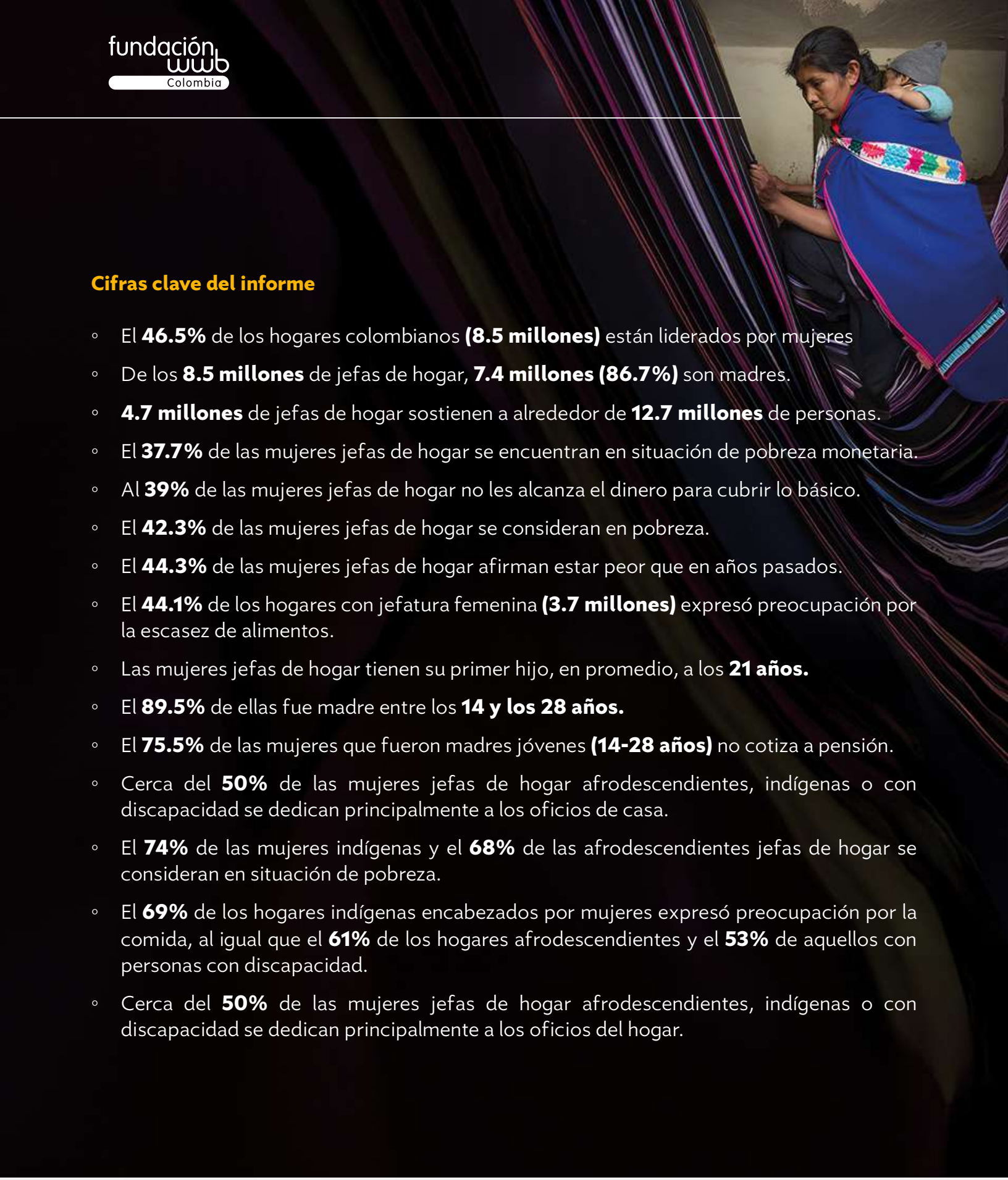
Glosario

- **Trabajo de cuidado:** El trabajo de cuidado comprende actividades necesarias para el bienestar físico, emocional y social de las personas, como el cuidado de niños, personas mayores, enfermas o con discapacidad, así como tareas domésticas. Puede ser remunerado o no remunerado y es fundamental para el sostenimiento de la vida y la economía. (ONU MUJERES).

- **Jefatura:** La jefatura del hogar o persona jefa del hogar es aquella reconocida como la principal responsable de la organización y el sostenimiento económico del hogar. (DANE).

- **Oficios del hogar:** Los oficios del hogar se refieren a actividades domésticas realizadas dentro del hogar para satisfacer necesidades básicas de los integrantes del mismo. Estas incluyen cocinar, lavar ropa, limpiar, hacer compras del hogar, planchar, entre otras. (ENUT).

- **Afrodescendiente:** En este texto nos referimos como Afrodescendiente, englobando a la población NARP (Negro, Afrocolombiano, Raizal y Palenquero). En Colombia se refiere a la población afrodescendiente, raizal y palenquera del país. (DANE).



Cifras clave del informe

- El **46.5%** de los hogares colombianos **(8.5 millones)** están liderados por mujeres
- De los **8.5 millones** de jefas de hogar, **7.4 millones (86.7%)** son madres.
- **4.7 millones** de jefas de hogar sostienen a alrededor de **12.7 millones** de personas.
- El **37.7%** de las mujeres jefas de hogar se encuentran en situación de pobreza monetaria.
- Al **39%** de las mujeres jefas de hogar no les alcanza el dinero para cubrir lo básico.
- El **42.3%** de las mujeres jefas de hogar se consideran en pobreza.
- El **44.3%** de las mujeres jefas de hogar afirman estar peor que en años pasados.
- El **44.1%** de los hogares con jefatura femenina **(3.7 millones)** expresó preocupación por la escasez de alimentos.
- Las mujeres jefas de hogar tienen su primer hijo, en promedio, a los **21 años.**
- El **89.5%** de ellas fue madre entre los **14 y los 28 años.**
- El **75.5%** de las mujeres que fueron madres jóvenes **(14-28 años)** no cotiza a pensión.
- Cerca del **50%** de las mujeres jefas de hogar afrodescendientes, indígenas o con discapacidad se dedican principalmente a los oficios de casa.
- El **74%** de las mujeres indígenas y el **68%** de las afrodescendientes jefas de hogar se consideran en situación de pobreza.
- El **69%** de los hogares indígenas encabezados por mujeres expresó preocupación por la comida, al igual que el **61%** de los hogares afrodescendientes y el **53%** de aquellos con personas con discapacidad.
- Cerca del **50%** de las mujeres jefas de hogar afrodescendientes, indígenas o con discapacidad se dedican principalmente a los oficios del hogar.